

EL METODO FENOMENOLOGICO EN LA PSICOLOGIA ACTUAL

El método fenomenológico, con su ascético curso de reducciones, intenta conducirnos hasta la "cosa misma". Esta "cosa misma" es el *fenómeno*, lo que se muestra en sí tal como es, sin esquivar su misterio esencial, sino dándose a la intuición que lo percibe, como esencia mostrada; como ser evidente y real, como lo universal (eidos) que funda el acontecer psíquico individual. Reducción, fenómeno, esencia, intuición eidética, son los goznes de este portal de acceso al saber filosófico. Si quisiéramos nombrar las dos provincias que este portal separa, las llamaremos lo *posible* y lo *real*. Lo posible se abigarra ante nuestros ojos en lo que llamaremos el *mundo*. Lo real nos aguarda al término del camino metódico que se hace en dirección opuesta al que conduciría hacia ese mundo.

La fenomenología funda lo posible sobre lo real. Tratemos de entendernos: hagámoslo recurriendo al campo de la Psicología, para acercarnos directamente a nuestro tema.

La Psicología moderna dibuja dos tendencias netamente opuestas pero hermanadas en el dualismo cartesiano: cada una reduce unilateralmente la totalidad del hombre a *sustancia extensa* o a *res cogitans*. Una corriente es materialista, empirista, experimental. La psicofísica, la psicofisiología y la psicometría son sus frutos metódicos más sistemáticos. La otra corriente es idealista o espiritualista, intelectualista, racional. La introspección y la intuición son sus instrumentos válidos para investigar. Puestos ante el objeto de su investigación hay, sin embargo, una actitud que identifica a los seguidores de ambas corrientes: el objeto es sorprendido, aislado y colocado aparte. Entonces empieza la investigación. El objeto

muestra las grietas y los deterioros provocados por el arrancamiento. Es preciso restituírle su integridad; los empiristas apelan para ello a conceptos extraídos de las ciencias naturales, especialmente biológicos y psicológicos: acá falta un estímulo, una trayectoria nerviosa, una corriente de energía, células de la corteza cerebral. Los intelectualistas se valen de otros fenómenos, que aparecían contiguos al que están analizando, y dicen: a esta percepción le falta un poco de memoria, algo de juicio, esto otro de imaginación. Todas estas carencias son meramente hipotéticas. La percepción sigue exangüe sobre la mesa del investigador. El trabajo consiste en revivirla apelando a sumas y a enlaces de elementos ausentes. La construcción se hace: es meramente posible. Sin embargo, ella debe dar origen a lo real: a la percepción auténtica, vivida, experimentada, completa.

A estos métodos se opone el método fenomenológico. Se opone invirtiendo el procedimiento: en vez de volverse de espaldas a lo real, no lo pierde de vista, en vez de arrancarlo a ciegas para analizarlo después, considera que el hallazgo del fenómeno mismo exige tantos pasos metódicos como la tarea posterior. Si quiere quedarse a solas con el objeto que se propone investigar va desglosándolo cuidadosamente, de tal modo que se le facilite al objeto su aparición mediante un lento deshilarlo cuanto no le pertenezca. Y cuando haya algo que resista, cuando la prosecución del intento de quitar obstáculos ya no pueda seguirse sin mengua de la integridad del objeto, ahí el fenomenólogo se detiene y dice: —He ahí la cosa misma, esto es, el fenómeno que buscaba—. ¿Y ahora lo arranca para llevarlo a la mesa de trabajo? No, ahora lo deja, lo mira bien, lo intuye y lo describe. Ese fenómeno es real, y él es el que hace posibles todas las variaciones y vinculaciones posteriores. Digamos en nuestro ejemplo: es el fenómeno perceptivo mismo el que pone en juego vías nerviosas y estímulos; es el fenómeno perceptivo ya constituido, el que apela a la memoria, al juicio, a la imaginación. Estas vinculaciones posibles dependen de la percepción, que es el fenómeno real. Lo posible se

funda sobre lo real; esto lleva inscripto el escudo del fenomenólogo.

El acceso a lo real, al fenómeno, se hace a través de sucesivas *epojés*, de sucesivas puestas entre paréntesis de lo que no sea el fenómeno mismo. ¿Y qué es lo que no es el fenómeno mismo en Psicología, por ejemplo? Abordemos uno de los conceptos centrales de la Psicología: la conciencia. Supongamos que un psicólogo serio antes de entregarse al estudio de cualquiera de los llamados “hechos psíquicos” o “fenómenos conscientes” quiera saber qué es esa conciencia que yo ubico vagamente como cosa mía, como algo que está en mí. Me acerco a esa conciencia, pues, y advierto que estoy tratando de averiguar qué es la conciencia, mientras observo las curvas interminables del pie de esta lámpara que está frente a mí. Como no es la lámpara lo que me preocupa, esquivo verla. Oigo los ruidos que llegan desde la calle. Tampoco es eso. Debo encontrarme con mi conciencia. Cierro los ojos, trato de concentrarme. Tengo una cenestesia de mis párpados apretados, siento el lápiz entre mis dedos. ¿Y mi conciencia? Pienso en mi conciencia. Si dejara de pensar en esto, acabaría con la conciencia. Tengo que dejarla ir hacia algún lado, la lámpara, el tranvía que pasa, el lápiz, mi propio pensamiento. No es preciso que sea hacia uno de esos objetos: pero si borro su *tender hacia un objeto*, cualquiera que sea, borro la conciencia misma. Si quiero conciencia, puedo suprimir lápiz, ventana, cenestesia. No puedo suprimir su *tender hacia algo*. Aunque ese algo sea ella misma, porque ese *tender* es inseparable de la conciencia. Ese *tender es* la conciencia misma. La conciencia es intencionalidad, si llamamos intencionalidad a ese *tender hacia*. ¿Hacia qué? Hacia objetos heterogéneos de la conciencia misma. Esa intencionalidad surge sin tregua, espontáneamente. Intencionalidad, espontaneidad, voy describiendo la conciencia, no ya la mía personal, sino la esencia-conciencia, que es universal, y posibilita las distintas conciencias particulares.

¿Cómo he llegado a la conciencia? Suprimiendo lo que pude suprimir sin borrarla, sin hacerla desaparecer. Sucesivamente he ido haciendo *epogé* de la lámpara, del lápiz, etc. He ido haciendo *epogé* del mundo. No porque creyera yo que ese

mundo no era la conciencia misma. Y de epogé en epogé, he llegado a la conciencia. ¿Una conciencia encerrada en sí misma? No, precisamente una conciencia a la caza del mundo. Tan comprometida con él, como lo atestigua el esfuerzo que me costó suprimirlo. Tan comprometida con él, que si llamamos mundo a todo lo que no es conciencia, veremos que en última instancia, mi conciencia, que se busca a sí misma, es conciencia *de* esa conciencia que se le convierte en objeto, o sea, que es imposible que mi conciencia coincida consigo misma, se encierre en pura conciencia absoluta. Conciencia siempre en tránsito, intencionalidad que la lleva a trascenderse, la conciencia *es* trascendencia hacia el mundo.

Aplicando el método fenomenológico a la Psicología, descubrimos, pues, una conciencia comprometida con el mundo. Asistimos al despertar de ese mundo, no copiado, sino constituido en su sentido por la conciencia. Aprendemos que nuestra conciencia se encarna en un cuerpo que nos enlaza espontáneamente con el mundo. Que este enlace no es fortuito sino necesario. Que esta conciencia encarnada que es el hombre, jamás contacta con las cosas sino con el sentido que ellas le ofrecen. Que el estímulo físico por el hecho de ser estímulo —para una conciencia encarnada—, se convierte en una significación. Que nuestra conciencia capta estructuras significativas y se alimenta de situaciones provistas de sentido. Que donde el físico describe vibraciones de ondas y el animal, acaso, manchas de colores, nosotros descubrimos el autorretrato de Van Gogh, y armamos un paisaje donde sólo hay un árbol y un río que se ignoran, y hallamos acogimiento en una mirada, y dulzura en una voz.

La psicología fenomenológica no está hecha, sino haciéndose. Es éste un carácter que asimila todo lo que la fenomenología toca con su dedo. Ello resulta de las exigencias más íntimas del método. Si la filosofía es el filosofar, si el psicólogo emprende su tarea con postura filosófica, es difícil pensar otro método más justo y más promisorio para la acaso inagotable tarea que la psicología tiene entre manos.

OFELIA R. DE VÁZQUEZ.